

MARI JUNGSTEDT

LA CARA OCULTA

La infidelidad tiene un precio muy alto



El cuerpo sin vida de Henrik Dahlman, un artista casado y padre de familia, aparece desnudo y atado a la cama en su casa de verano de Ljugarn. Las pistas apuntan a que el culpable quiere confundir a la policía sobre su identidad.

Cuando otro hombre casado aparece brutalmente asesinado, Anders Knutas y Karin Jacobsson son conscientes de que se enfrentan a un homicida con un plan preconcebido que, además, cambia continuamente de aspecto.

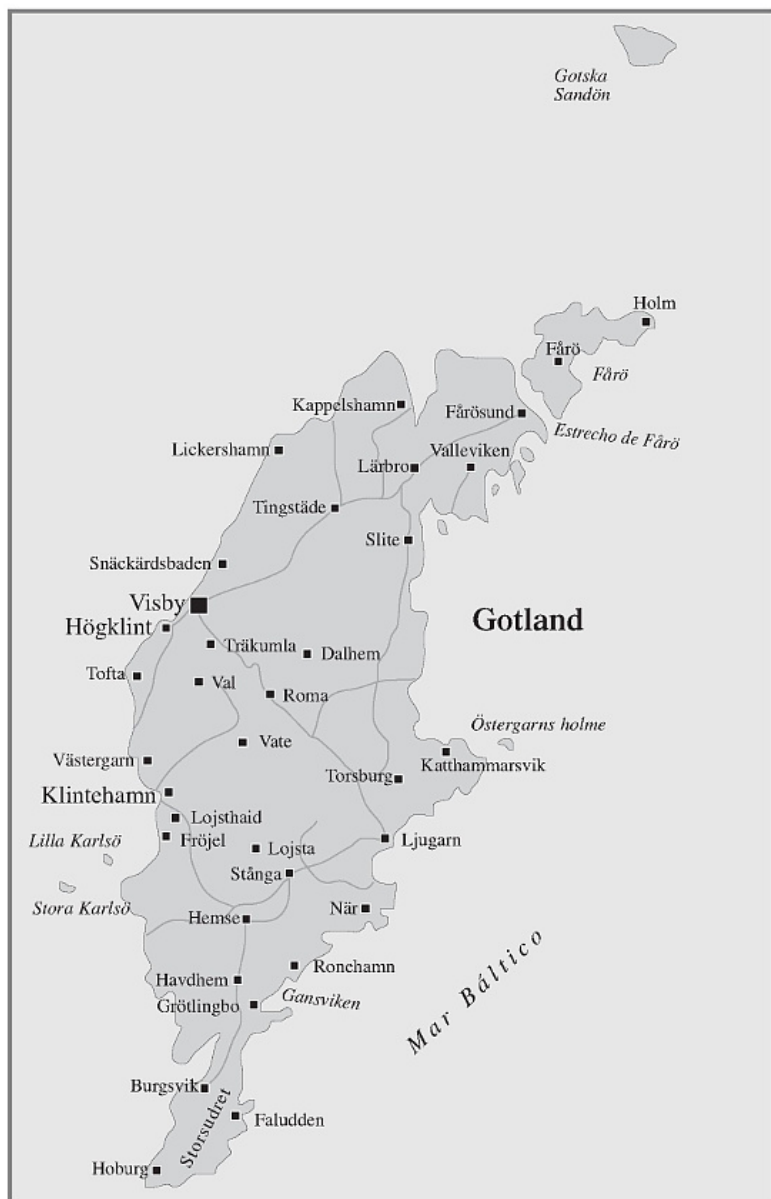
Al revuelo que causa la investigación, se suman las dudas de Knutas cuando su exmujer intenta convencerlo para que retomen su relación.

*Para Katerina y Andreas,
por vuestra amistad, amabilidad y todo vuestro
apoyo.*

SUECIA



GOTLAND



A todos nos llega, irremediablemente,
la hora nefasta de la muerte,
y entonces lucirá con las ramas de un abeto
mi portón,
y no volverán a abrirse mis cortinas floridas
de algodón,
y en mi mano una rosa eternamente yacerá;
A todos nos llega, irremediablemente,
la hora nefasta de la muerte,
y arropado en sus brazos me protegeré del
dolor.

Poema de *El libro de Frida*,
Birger Sjöberg

EL AVIÓN MODELO Cessna 182 con capacidad para cuatro personas había comenzado a temblar de forma tan violenta que cualquiera habría creído que iba a estallar por los aires de un momento a otro. El piloto aceleró al máximo el motor para alcanzar la velocidad correcta y provocó que la tensión se apoderase de todos los que se encontraban en el interior. Aún seguían en la pista esperando la señal de despegue. Mientras tanto, el piloto revisaba las normas de seguridad, controlaba el timón de dirección, el panel de mandos, las válvulas, el nivel de aceite y la temperatura de los cilindros. El ruido ensordecedor imposibilitaba cualquier conversación y los pasajeros tenían que gritar a pleno pulmón en caso de que necesitaran algo. Habían quitado los asientos para mayor comodidad y tanto Krister como su viejo amigo Peter se habían puesto de rodillas en el suelo. Una paracaidista que Krister no había visto antes iba sentada al lado del piloto, de espaldas al panel de mandos. Los dos amigos, agazapados en la parte de atrás y con sus paracaídas a la espalda, llevaban varios años sin verse. Peter lo había llamado la noche anterior para anunciarle que estaba de paso por Estocolmo y había insistido en que fueran juntos a hacer paracaidismo como antes. Además, ya había reservado en el centro al que iban cuando eran jóvenes.

Cecilia, la hija de dieciséis años de Krister, estaba de visita aquel fin de semana y no escondió su decepción al saber que su padre había preferido quedar con otra persona en lugar de pasar el sábado con ella. Esa mañana no tuvo

más remedio que ir de compras a la ciudad con la nueva novia de su padre. «No le quedaba otra», pensó Krister. No podía rechazar la invitación y perder la oportunidad de reencontrarse con su amigo, que vivía en Estados Unidos desde hacía varios años. Para compensar a su hija, la invitaría a cenar por la noche en un restaurante de Gamla Stan, los dos solos.

Los motores rugieron. En el centro de la aeronave, había otra mujer agachada que no había dicho ni una sola palabra. Era bastante guapa, bajita y tenía el cabello oscuro. Parecía una de esas personas que no expresan nada. De vez en cuando, miraba fijamente por la ventanilla del avión con cara de pocos amigos.

Aquel día, Krister y Peter iban a saltar juntos a la vez, tal y como solían hacer cuando Peter vivía en Suecia y ambos participaban en las actividades del centro de paracaidismo. Los dos eran paracaidistas experimentados y llevaban practicando ese deporte desde hacía casi veinte años. Los motores tronaron con más fuerza y Krister supuso que ya se aproximaban a las tres mil revoluciones que se precisaban para alzar el vuelo. En ese momento, el avión empezó a dar sacudidas y a balancearse de un lado a otro. El piloto se comunicó por radio con la torre de control y finalmente obtuvo autorización para iniciar el despegue. Aceleró aún más y la aeronave se puso en marcha. Tardaron veinte segundos en alcanzar la distancia inicial de cuatrocientos metros. A partir de ese momento, el avión empezó a dar bandazos cada vez más fuertes hasta que finalmente se separó de la pista. Se sintieron liberados, pese a que las turbulencias y sacudidas se volvieron más violentas. Aquel momento era el peor de todos. Parecía que el aeroplano fuera a desmoronarse cada vez que tomaban un poco más de altura.

Alcanzaron los tres mil metros después de media hora de vuelo. Las piernas se les habían dormido debido a la postura incómoda en la que estaban y, además, la temperatura corporal les había disminuido a causa de la altura. Al

avión le faltaba la puerta, que había sido sustituida por una cortina de tela que tapaba la abertura y que se cerraba con una cinta de velcro. Krister trató de pensar en otra cosa conforme perdía la sensibilidad en las piernas. Además, notaba que los dedos se le helaban aún más a medida que ascendían. De repente, le vinieron a la cabeza los años de amistad con Peter y todo lo que habían hecho juntos.

Justo entonces, a bordo de aquella pequeña aeronave en compañía de su amigo, se dio cuenta de cuánto lo había echado de menos.

El avión continuó volando en círculos unos minutos sobre la zona de salto hasta que, finalmente, el piloto se dirigió a un área de árboles frondosos. Era importante acertar y calcular el salto correctamente según la dirección del viento.

El piloto les dio la señal y la primera paracaidista que estaba más cerca de la cortina se colocó en posición y bajó el pie izquierdo para apoyarse en el soporte externo. Unos segundos después, saltó del avión y desapareció. Krister se abrió paso y se dirigió al mismo punto. Cruzó la mirada con Peter y justo después le hizo señas con un brazo para indicarle que era el momento de saltar. Primero estiró el brazo, luego se lo pegó al cuerpo y por último volvió a extenderlo; Peter y Krister contaron hasta tres y se tiraron del avión a la vez. En ese momento, empezó la caída libre.

Era crucial saltar exactamente al mismo tiempo para descender a la par, pues la mínima desviación de movimiento podía modificar la velocidad del descenso.

El salto se realizó con éxito y, mientras flotaban en el aire, ambos se encontraron de frente. Cada uno posó una mano en el brazo del otro, se agarraron de la muñeca y juntos formaron una sola figura. Sin perder la concentración, mantuvieron el contacto visual todo el tiempo. El cielo azul de mayo los envolvía y a su alrededor las nubes blancas auguraban el principio del verano. Ante su mirada, la vida humana y el paisaje verde se fundían en la inmensidad del ho-

rizonte. Durante la caída libre, que transcurría a doscientos kilómetros por hora, la mente se quedaba en blanco. Peter le hizo un gesto con la cabeza a Krister y enseguida ambos doblaron la rodilla derecha y el codo izquierdo para hacer una pirueta simultáneamente. Krister pudo entrever que Peter le sonreía mientras el viento los azotaba con fuerza. Unos segundos después, se hicieron otra señal y extendieron los brazos y flexionaron las rodillas, esta vez para realizar una voltereta hacia atrás mientras continuaban precipitándose a una velocidad de vértigo. Justo después, intercambiaron otra sonrisa cuando sus miradas se cruzaron de nuevo.

Se animaron con una última pirueta antes de que llegara el momento de soltar el paracaídas, aunque primero se aseguraron de mantener la distancia apropiada para no acabar chocando.

Krister tiró firmemente de la anilla del paracaídas para que se abriera en el aire. Sin resultado. Volvió a tirar una vez más, pero no sucedió nada. Empezó a sentir que el pánico le presionaba ligeramente el pecho. La velocidad de la caída era de doscientos kilómetros por hora y sabía que tan solo contaba con unos segundos antes de que fuera demasiado tarde. Sin embargo, no era la primera vez que le ocurría, pues a veces el paracaídas tardaba en desplegarse. Era consciente de que siempre podía haber algún fallo, pero no era lo habitual. En cualquier caso, para su alivio, todos los equipos llevaban un paracaídas de emergencia. «Ahora concéntrate. Máxima concentración», se dijo. Alzó la cabeza un poco y observó que Peter ya flotaba a una distancia considerable de él, y a lo lejos pudo ver a la otra paracaidista que se había lanzado al vacío antes que ellos. A ella también se le había abierto el paracaídas sin problema. ¿Qué le habría pasado al suyo? En ese instante, se acordó de que la noche anterior había revisado el equipo de vuelo para comprobar que todo estuviera en orden. No lo entendía. Tal vez debería haberlo revisado una vez más antes de

montarse en el avión tal y como solía hacer. Al fin y al cabo, todos los paracaidistas comprobaban el correcto funcionamiento de los sistemas de seguridad antes de saltar. «Maldita sea».

Krister se había concentrado tanto en la conversación con Peter que ni siquiera se había preocupado de revisarlo de nuevo. Tras varios intentos más, todos fallidos, buscó el arnés que tiraba del paracaídas de repuesto e hizo todo lo posible porque se soltara. Pero fue en vano. El paisaje se iba fundiendo delante de sus ojos a medida que caía en picado. Las copas de los árboles, el campo, el bosque y, al fondo, en algún lugar, el centro de paracaidismo. De pronto lo invadió un pánico absoluto. El corazón le latía a mil por hora mientras se precipitaba hacia el suelo, y la desesperación se apoderó de él en el instante en que se dio cuenta de que ya era demasiado tarde.

Notó una fuerte presión en el pecho y sintió que ya no podía seguir respirando. El paracaídas no se abriría nunca. En ese momento, vio pasar ante sus ojos los rostros de su hija, Cecilia, de su madre, Annika, y de Anki, su novia. En cuestión de segundos, la vida llegaría a su fin. Y tan solo con cuarenta y siete años. De repente, notó como si algo le estuviera succionando el cuerpo de la cabeza a los pies.

A su alrededor solo quedaba el viento, la hierba, la tierra...

Y, al final, el suelo se lo tragó.

EN ALGÚN LUGAR de mi ser soy consciente de que he comenzado un viaje, un camino hacia la destrucción y la eterna oscuridad. Las arrugas de mi frente así lo reflejan, al igual que mis ojos, donde se plasma la inquietud, y los músculos de mi rostro, que siento cada vez más tensos. Al mismo tiempo, me muevo de manera inconsciente y un tanto mecánica, como si ya no hubiera vuelta atrás.

Estoy sola, sentada delante de este enorme espejo, después de que se hayan marchado todos. Sé perfectamente que nadie volverá a entrar aquí hasta mañana temprano. Hace unos momentos se podía palpar y oír el ajeteo, las voces, las risas y el parloteo de los actores. Mientras algunos mostraban su enfado, a otros se los veía nerviosos y preocupados. Una pareja se abrazaba y alguien le daba un masaje en los hombros a su compañero con movimientos lentos e inconscientes mientras ambos se miraban fijamente a los ojos en el espejo. Siempre se respira cierto erotismo en el aire. No lo soporto.

La mayoría iba a salir a tomar unas cervezas por la ciudad, pero yo he preferido quedarme con la excusa de que aún tengo trabajo que terminar. Y bueno, en cierto modo, así es.

Cuando todos se van y tan solo quedo yo es cuando me retraigo en una calma y un silencio absolutos. Es algo de lo que me es imposible escapar, no tengo adónde huir. Me viene a la cabeza una estrofa del poeta Birger Sjöberg: «A

todos nos llega, irremediablemente, la hora nefasta de la muerte».

No ha dejado de llover en todo el día. Es una lluvia fresca que anticipa el verano y que lo humedece todo. Me gusta el silencio que deja a su paso. Cuando miro a mi alrededor, me parece que el pasado aún estuviera presente en este lugar. Al fin y al cabo, los enormes muros medievales albergan la historia de cientos de años y representan la memoria viva de una época que ya no existe. No se puede olvidar. Nunca. Jamás.

Un destello de color plumizo se cuela por los recovecos de los ventanales. Pronto llegará el verano y con él volverá la luz a pesar de que dentro de mí reine la oscuridad. Cómo ha pasado el tiempo.

Delante de mí tengo todo lo que necesito. Voy a peinarme el pelo hacia atrás y lo sujetaré con un gorro ajustado de forma que quede completamente pegado a la cabeza, aunque, por si acaso, usaré también cinta adhesiva. Me encuentro con mi propia mirada en el espejo, serena y decidida a la vez. Entonces alcanzo la brocha de maquillaje y empiezo a aplicarme la base. Poco a poco, la transformación empieza a cobrar forma. Los ojos me llevan más tiempo, pues he de ponerme varias capas de sombra oscura en los párpados hasta que quedan totalmente cubiertos. Después, utilizo un lápiz negro y un buen perfilador para hacerme la raya, incluso me hago unos rabillos a lo Audrey Hepburn. A continuación me pongo el colorete y me pinto los labios con calma y esmero para no perder la concentración. Sé lo que hay que hacer cuando se trata de lograr una transformación perfecta. Por último, llega la guinda del pastel. Retiro la peluca de la cabeza del maniquí que hay en la mesa y me la coloco.

No lo he podido remediar, he soltado un profundo suspiro en cuanto he visto el resultado final en el espejo. Efectivamente, esa es la mujer que buscaba. Guapa, morena, misteriosa y sexy.

Soy el cebo perfecto antes de la muerte, y lo más importante de todo es que estoy irreconocible. Este es un rostro que nunca había visto y que no habría imaginado ni en sueños. Es mi otro rostro.

Ha llegado la hora de hacer lo que debo. Podría considerarlo una misión, una obligación, aunque me gusta más pensar en ello como una llamada de la muerte. El mero hecho de pensarlo hace que se me erice la piel y sienta cosquillas de emoción en el estómago. Llevo toda la vida esperando este preciso momento. Bueno, miento. Quizá no toda la vida. Más bien lo llevo esperando desde el 4 de mayo de 1998.

Ahí fue cuando empezó todo

HENRIK DAHLMAN TENÍA los ojos clavados en el techo cuando de repente un brote de ansiedad le azotó todo el cuerpo. Ese podría haber sido un domingo cualquiera, pero al final decidió hacer otros planes. Sus dos hijas mayores entraron de golpe en la habitación con el perro y se subieron de un salto a la cama. De pronto, a Henrik lo rodearon las risas y los lametones efusivos del labrador feliz que se revolcaba sin parar en la cama de matrimonio de sus dueños. Tenía tres hijas. A la menor, Inez, de tan solo dos años, la había tenido con su nueva pareja. A las dos mayores, Ebba y Angelica, con su exmujer. Tenían diez y doce años, y ambas se iban con su madre cada dos semanas. Además, también tenía una hijastra, Beata, hija de su exmujer, fruto de una relación sentimental anterior. Beata ya había cumplido veinte años, se había mudado y vivía en Estocolmo. Nunca terminó de aceptar el hecho de que su padrastro hubiera tenido otra hija al poco tiempo de echarse una nueva novia, y apenas habían seguido en contacto después del divorcio.

Henrik Dahlman era consciente de lo afortunado que era a pesar de todo, pues era un artista reconocido con galería propia y con un estudio en el centro, justo al lado de la muralla. Además, estaba recién casado y tenía, ni más ni menos, que una mansión en Visby y una casa de verano en Ljugarn.

Las ventanas del dormitorio de la casita de piedra situada junto al jardín botánico ofrecían unas vistas preciosas a la muralla y a un manto verde y frondoso. Se apreciaba có-